

**ENRIQUE ANDERSON IMBERT,
INTELECTUAL Y MILITANTE CULTURAL.
UN ANÁLISIS DE SUS ESCRITOS EN *LA VANGUARDIA***

JAVIER GUIAMET

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN - UNLP

javierguiamet@hotmail.com

“La verdadera causa de todo acontecimiento humano es siempre un gran pensamiento que se apodera con tanta fuerza de las masas que las vuelve creadoras, es decir, las impulsa a grandes acciones colectivas, la única manera que tienen de ser creadoras. Dicho pensamiento puede tomar formas políticas: pero también puede manifestarse cuando el espíritu colectivo crea una excepcional atmósfera artística”. La cita pertenece a Egan Priedell, y quien la retoma es Anderson Imbert, en uno de sus artículos en la página literaria de *La Vanguardia*.

La cita es parte de una sección llamada “Registro”; allí, en breve notas solían comunicarse novedades editoriales y noticias de menor trascendencia. No era el espacio al que más recurría el escritor para dar a conocer sus opiniones en materia literaria. Sin embargo, a pesar de su escasa importancia en el diseño del periódico, el artículo llama la atención porque concentra los principales sentidos y concepciones que recorrieron las intervenciones de Anderson Imbert en la página literaria de la que fue director a lo largo de la década de 1930.

El pensamiento como causa de los acontecimientos humanos, el pensamiento volviendo creadoras a las masas, las acciones colectivas como única oportunidad de las masas de ser creadoras, y la puesta en el mismo plano de importancia de la política y el arte. Podemos ver entonces distintos sentidos que por momentos conviven, y por otros resultan contradictorios. Son representativos del sector político al que el escritor pertenecía, pero también forman parte de una visión particular de relacionar la política, la creación literaria, la crítica y la militancia cultural. Es por esto que los escritos de Anderson Imbert en la página literaria de *La Vanguardia*, resultan un objeto de estudio interesante para analizar la intensa relación entre producción cultural y política de izquierda, de la que fue testigo la Argentina de los años treinta.

INTELECTUALES, PRODUCCIÓN CULTURAL Y POLÍTICA EN LOS 30

Tres procesos nos permiten ubicar históricamente la participación de Anderson Imbert en *La Vanguardia*. En primer lugar, la proliferación de bibliotecas populares, ateneos y publicaciones masivas, producto de una empresa cultural sistemática, destinada a los sectores populares, que cobró particular fuerza en estos años, y de la que el Partido Socialista fue un actor importante.¹ En segundo lugar, en la década del “30” se produjo una renovación en las concepciones sobre la tarea del intelectual, donde se le requería que profundizara su compromiso con la política.² En tercer lugar el golpe de estado de septiembre de 1930, estimuló la incorporación al Partido Socialista de numerosos profesores y estudiantes universitarios, identificados con los ideales reformistas, que ante el avance autoritario perdieron sus cargos en la universidad y encontraron en las actividades culturales del partido, un nuevo espacio laboral y de militancia.

Las editoriales de publicaciones masivas a bajo costo son representativas de la importancia otorgada a la cultura letrada en distintos momentos de la historia argentina. La concepción iluminadora, enriquecedora, edificante de la cultura, promovió distintos emprendimientos, que con sentido educativo, pusieron al alcance de la mano, materiales muy variados para un conjunto amplio de la sociedad. Al analizar las relaciones de sociabilidad en los barrios suburbanos de la ciudad de Buenos Aires, Romero y Gutiérrez encuentran que estas empresas ejercieron un rol muy importante en la formación de identidades de los sectores populares.

Al mencionar la circulación de periódicos, folletines, novelitas y libros baratos, sostienen: “Detrás de esto nos ha parecido ver una propuesta cultural sistemática, cuyos agentes pertenecían a la parte más moderada de la contestación política e intelectual”.³ La importancia otorgada a los libros puede verse, señalan, en el hecho de que no había institución que no se sintiera en la obligación de tener una biblioteca. Esta identidad constituida en torno del acceso a la cultura se reforzaba en las conferencias y distintas actividades que se realizaban en los clubes barriales y las bibliotecas populares. La realización de estas actividades, donde la convocatoria de un intelectual, u otra figura importante, podía ser aprovechada como una demostración de capital cultural y político en el barrio, demuestra la existencia de un público que recibía con los brazos abiertos las propuestas de esta empresa cultural. No sorprende la reiterada presencia de miembros del Partido Socialista en el libro de estos dos autores. Para los socialistas la cultura letrada y la educación eran el motor del progreso humano y social.

La valoración del arte (contenida en la concepción de cultura letrada) como herramienta política, sin embargo, no es exclusiva de estos años, ni de estas latitudes. En las décadas de 1880 y 1890, con la Segunda Internacional como referente ineludible, surge entre los intelectuales europeos el proyecto de arrancar al arte de la decadencia de la burguesía,⁴ para devolverle su carácter social. Numerosos artistas critican el sentido individualista del arte burgués y proponen un arte destinado al pueblo. Se trata de dotar al arte de una misión histórica, volviéndolo partícipe de los grandes cambios sociales que esperaban a la humanidad. Esto se componía de enunciados contradictorios, donde por momentos esa tarea sería llevada a cabo por los artistas, y en otros parecía corresponderle al proletariado, en su misión de transformar la sociedad, transformar el arte, como al pasar. Esta contradicción es destacada por Angenot⁵ quien retoma frases como la de Lazare: “O la obra de arte se dirige al pueblo y a la humanidad, o se dirige a una clase restringida y se vuelve egoísta”;⁶ pero también otras donde cambia el sujeto: “El proletariado debe luchar por la justicia y la igualdad y, al mismo tiempo debe salvar el arte y devolverlo a su función histórica”.⁷ Más allá de la dificultad de componer un programa coherente y eficaz, la necesidad de vincular al arte con una misión política que persiga la transformación de la sociedad, compuso un imperativo que ejercerá su influencia sobre numerosos intelectuales alrededor del mundo.

En América Latina, sostiene Patricia Funes, se produce en las décadas de 1920 y 1930 un cambio en la relación entre intelectuales y política, donde podemos ver influencias de los imperativos políticos mencionados previamente. Sin embargo el rechazo por la Europa que cae en las tinieblas de la guerra, el rechazo a la imposición de tradiciones foráneas, y principalmente el rechazo al imperialismo, imponen nuevas búsquedas a los intelectuales, quienes irán cobrando mayor importancia en estos años. De esta manera las búsquedas se encaminarán hacia lo nuevo, como categoría existencial, pero también hacia lo propio, con el intento de forjar para América Latina tradiciones nuevas surgidas en su seno.

Los intelectuales universitarios que a partir del Golpe de Estado de 1930 se sumarán al Partido Socialista en Argentina eran parte de esta generación intelectual latinoamericana, compartían sus principales inquietudes e influencias, y cobrarán una gran importancia en las prácticas culturales del partido.

Oswaldo Graciano,⁸ en su estudio sobre los intelectuales de izquierda en la Argentina de la primera mitad de siglo, destaca el nucleamiento de numerosos intelectuales universitarios en torno a los ideales del reformismo democrático. Según el autor los valores reformistas y democráticos habrían primado en la identidad de los numerosos estudiantes y profesores que ocuparon posicionamientos de izquierda en la escena universitaria. Los profundos cambios que conllevó el golpe de Uriburu en la estructura universitaria, obligaron a estos profesores y estudiantes, que habían encontrado en la autonomía universitaria su espacio de intervención política, a buscar nuevas estrategias para oponerse al gobierno conservador. La política autoritaria se basó en la supresión de la autonomía, de la libertad de cátedras, e inclusive en la persecución policial y la exoneración de profesores y estudiantes opositores. Muchos de estos intelectuales encontraron en su ingreso al Partido Socialista un nuevo espacio donde desarrollar sus actividades políticas, y en el gran aparato cultural del partido, no solo un espacio para su práctica intelectual, sino también en muchos casos, una posibilidad de sustento económico.

Fueron pocos los casos en que estos universitarios ocuparon cargos electivos, ya sea de gobierno como al interior del partido. Salvo contadas excepciones su lugar en el partido se limitó a las actividades culturales. Esto no implicaba ocupar necesariamente un lugar de poca importancia. El PS se caracterizó por darle un rol central a lo cultural como parte de su objetivo de integrar a los obreros, las clases

medias y los sectores rurales en sus filas. Sus intervenciones en radio y cine, la creación de ateneos y bibliotecas culturales, las puestas en escena del Teatro del Pueblo Puerto La Plata, la publicación periódica de *La Vanguardia*, y el extenso catálogo de la editorial con mismo nombre, dan cuenta de un esfuerzo notable por hacer de la difusión de expresiones culturales una práctica política.

Enrique Anderson Imbert forma parte de esta camada de universitarios que se suman al PS. Integró las filas del partido siendo aún estudiante y ejerció un papel clave como organizador cultural. De muy joven se hizo cargo de la dirección de la página literaria de *La Vanguardia*, actividad que desempeñó durante toda la década de 1930. Desde mediados de la década fue también secretario editor de la Revista Socialista, una publicación mensual de discusión teórico-política de las estrategias socialistas nacionales e internacionales que se publicó regularmente hasta 1945. En febrero de 1936 fue el organizador de una gran exposición de publicaciones socialistas que tenían por fin publicitar el papel del partido en la formación cultural de los trabajadores y el compromiso que los intelectuales debían asumir para lograr esta tarea.

VARIACIONES

En la década de 1930, Anderson Imbert publicó aproximadamente unos treinta artículos en la página literaria de *La Vanguardia*. Esta sección salía los domingos, y aunque hubo pequeños períodos en que se ausentó del periódico, por lo general era esperable encontrar una vez a la semana una página a finales del periódico dedicada de modo íntegro a la literatura. El contenido de la página era sumamente variado, se publicaban cuentos y artículos, tanto de autores contemporáneos, como autores clásicos. Hubo algunas columnas que salieron a lo largo de toda la década, como la que se tituló “Valores de Nuestra América”, en la que escribieron distintos autores, pero por lo general el contenido era diverso y no parecía seguir estructuras muy fijas.

Anderson Imbert, además de participar ocasionalmente de secciones menores, donde se recomendaban libros o se hacían breves reseñas, tales como la sección “Registro” mencionada previamente, u otra llamada “Criba de Lectores”, publicó una serie de artículos con el nombre de “Variaciones”. Eran textos breves de opinión, que a veces eran referidos a autores que habían sido publicados en esa misma página

literaria, pero no exclusivamente. No perseguían fines informativos, lo que más se destaca en estos artículos es la libertad que le otorga a sus opiniones. Bien podríamos pensar que se trata de pequeños ensayos, un género con mucha tradición en América Latina. La mayoría de los artículos se concentran entre los años 1932 y 1933, posteriormente aparecerán un puñado en 1935, y uno más en 1937.

El título “Variaciones” se corresponde con este carácter libre que Anderson Imbert imprimía a sus escritos. Variaciones sobre distintos temas, a elección del autor. Variaciones que a pesar de su diversidad de temas giran sobre algunos ejes que se repiten. ¿Qué objetivos había detrás de estas variaciones? ¿Qué concepciones sobre la práctica intelectual y literaria construyó Anderson Imbert en estos textos breves pero contundentes? ¿Qué contradicciones encierran los ejes que predominaron en las “Variaciones”?

El sentido político que tenían aquellas variaciones sobre literatura era algo que Anderson Imbert hacía explícito en reiteradas ocasiones. Sin embargo el modo en que se relacionaban aparece más ambiguo. Qué la literatura debía ocupar un lugar en las misiones políticas de las que se sentía parte resultaba claro. Sin embargo, no debía subordinarse a transmitir los mensajes políticos de su afinidad. Esta inquietud, y la búsqueda de cómo resolverla será uno de los ejes que más se reiterara en los artículos.

El 16 de octubre de 1932 Anderson Imbert publica una de sus “Variaciones” con el título de Promesas. Allí en las primeras páginas relata: “Lo primero que se le ocurre a un patriota cuando quiere justificar la chatez de la cultura nacional es invocar la juventud de este país. Todavía no podemos aportar con nada a la cultura universal porque acabamos de nacer...”.⁹ Llama la atención de inmediato la sentencia que se realiza sobre la cultura argentina de ese entonces al mencionar su chatura. Pero también hay otra idea, que es la de una cultura nacional que debería “aportar” a la cultura universal.

En el ensayo Anderson Imbert toma esta idea de la juventud del país para rebatirla. Lo que falta no es tiempo, sino voluntad de trabajo. “Nos traba la improvisación, la pereza y el indiferentismo”.¹⁰ El texto continúa relatando las miserias del medio intelectual argentino, señalando que por esta falta de trabajo la Argentina tiene promesas intelectuales, a falta de eminencias. El objetivo es criticar a Oliverio Girando, quien a ojos de Anderson Imbert, se ha quedado en promesa al publicar

Espantapájaros, una obra que se repite con respecto a su primer libro. Cabe señalar que ese mismo día la página literaria dedica una reseña al nuevo libro de Gironde que tiene un carácter elogioso.

Veremos a continuación como se repite esta preocupación por la formación de una cultura nacional.

La siguiente “Variaciones”¹¹ que publica data del domingo que sigue, y está dedicada a José Ingenieros en el séptimo aniversario de su muerte. Allí ante los homenajes que se prepararan por este aniversario, Anderson Imbert decide separarse de los elogios. Por más que no eluda la importancia de Ingenieros, ni se salve de elogiarlo, no concuerda con mantenerlo como maestro en su actualidad. Y aquí aparece nuevamente la concepción de la cultura nacional como un cuerpo orgánico que está en construcción, o debe construirse. Esto puede verse en la siguiente frase: “Y si comprobamos que un maestro, un gran maestro se ha convertido en un peso muerto en nuestra cultura, debemos tener el gesto piadoso de darle sepultura donde corresponda”.¹² Esta necesidad de sepultar lo viejo, para poder avanzar se vuelve más imperiosa ante el diagnóstico: “El cuarto de siglo de atraso en que vivimos –por pereza, nada más que por pereza– con respecto a Europa...”. De este modo, en un breve ensayo, la pereza de los intelectuales argentinos, su apego a referencias caducas, y el atraso con respecto a Europa, se traducen para Anderson Imbert en un cuadro preocupante que estimula sus contundentes intervenciones.

Estas preocupaciones volverán a aparecer en los próximos ensayos, pero no siempre de modo negativo, sino que también será la concepción desde la que reivindicar a otros autores. La revista “Nosotros”, aparecerá dos veces como motivo de sus reflexiones. En noviembre de 1932, a raíz de las bodas de plata de la revista, se convoca a los autores que pasaron por allí a brindar su visión sobre la llamada “generación Nosotros”. Allí Anderson Imbert devela que el denominador común entre las distintas intervenciones es la incapacidad para definir en qué consistió dicha generación. “Porque sería absurdo envolver y magnificar con el nombre de generación a un grupo de hombres que podrán valer individualmente, pero que en conjunto, como cuerpo íntegro, no son creadores de ningún movimiento notable, de ninguna etapa fundamental en el camino de nuestra cultura”.¹³

Esta mirada crítica y sombría sobre la realidad de la cultura argentina se agrava con la frase que cierra el ensayo, cuando al reiterar la ausencia de una generación que se precie de tal alrededor de la revista, se pregunta: “¿Pero acaso posteriormente ha habido aquí otras generaciones?”.¹⁴

La revista “Nosotros”, sin embargo, será tres años más tarde objeto de sus elogios, centrados en la misma temática, cuando ante su cierre, declare: “La única publicación que realizó la increíble hazaña de sostener a pulso la cultura argentina durante 27 años acaba de morir”.¹⁵ Martínez Estrada será también objeto de sus elogios en esta campaña por parir una cultura nacional. En la sección Registro, al reseñar a “Radiografía de La Pampa”, señala a su autor como “valor auténtico de nuestra cultura” por su “reconstrucción e interpretación de la realidad argentina”.¹⁶

Queda claro entonces la importancia que Anderson Imbert le otorgaba a la formación de una cultura nacional. La preocupación se reitera en muchos de sus artículos y guía su valoración de distintos textos o autores. En numerosas páginas lo vemos pregonar por una cultura nacional que funcione como cuerpo orgánico, como intento de elaborar una comprensión adecuada de la realidad argentina, y que progrese desde la intervención original de sus intelectuales. Ahora bien, para qué era importante la formación de esta cultura que el país tanto necesitaba.

Para echar un poco de luz sobre esta cuestión podemos recurrir a una polémica en torno a la figura de Borges, de la que participó y a la cual amplificó en las páginas de *La Vanguardia*.

En septiembre de 1933 Anderson Imbert fue invitado a participar por *Megáfono* en una encuesta sobre Borges. Como ya ocurriera con José Ingenieros, ante los halagos de sus contemporáneos, Anderson Imbert se destaca por la dura crítica que realiza sobre el entonces poeta y ensayista argentino. En su ensayo sobre el Borges ensayista (ya que admite no haber leído sus poemas), critica entre numerosas cosas, que la realidad del país se encuentra ausente. Más allá de las críticas, que retomaremos más adelante, el intelectual socialista aprovecha nuevamente para dejar algunas de sus impresiones sobre la realidad cultural argentina, como cuando afirma que los argentinos no pueden escribir obras de valor, o cuándo se pregunta: “¿No siente Borges, y en propia carne que los argentinos sufrimos raquitismo intelectual, que nuestras cabezas están desorganizadas, que nuestras almas están desnutridas, y que en la actualidad, somos pobres enfermos incapaces, no digamos de crear ciencia y

filosofía, pero ni siquiera de asimilar sin indigestión los difíciles libros que nos envían los editores transoceánicos?”.¹⁷ Sigfrido Radaelli, el editor de la revista, criticó sus dichos, y la polémica que entablaron permite conocer más de cerca el porqué de la importancia que el socialista le otorgaba a la formación y el progreso de la cultura.

Radaelli le realiza una crítica que resulta muy útil para este trabajo, dado que se dirige al centro mismo de las preocupaciones que lo guían. Le dice entonces a raíz de las críticas que le hizo a Borges: “Continúa usted invocando su fervor social para exigir a los demás escritores que su obra sea, algo que usted no cuida que sea la suya. Porque el fondo de buen gusto que usted posee se le sigue imponiendo, a pesar de usted mismo”.¹⁸ Anderson Imbert va a rechazar esta crítica, alegando que nada tienen de contradictorio el buen gusto que Radaelli le señala con su fervor social. En este camino nos va a permitir aclarar cuál es el sentido que le otorgaba a la cultura.

Uno de los primeros acercamientos va a ser cuando en su defensa, mencione al socialismo como un movimiento cultural. Luego continuará sentenciando: “el deber de la inteligencia es crear una concepción del mundo orgánica, coherente, actual, que permita al hombre comportarse decentemente”,¹⁹ y continúa “Cultura es (...) un sistema vital de ideas substanciosas, palpitante, organizada con claridad y con plena comprensión de los problemas del momento” y por último “el arte tiene una función social a condición de ser puro, es decir, como expresión sincera y única de un modo original de ver y sentir el mundo. La misión de las letras consiste en las posibilidades de enriquecimiento y expansión que prodigan a la personalidad del lector”.²⁰

Es notoria la influencia de Weber en estas declaraciones. El sociólogo alemán sostenía que la ciencia debía instruir a los hombres para que tomaran sus decisiones políticas con la mayor libertad posible. Anderson Imbert parece acá compartir esta idea emancipatoria del conocimiento, traduciéndolo a la literatura y la cultura como cuerpo de conocimientos. Tenemos entonces una primera aproximación, no era tarea de la literatura dar una determinada visión del mundo, proponer una determinada manera de actuar, sino que desde su libertad, su pureza, contribuir a complejizar los sentidos sobre el mundo, avanzar en su conocimiento, y entonces ayudar al conocimiento de la humanidad, permitiendo que los hombres tomaran las mejores decisiones en sus vidas. A partir de aquí podemos entender por qué a un escritor socialista, ante el diagnóstico de raquitismo intelectual en Argentina, le interesaba tanto la formación de una cultura nacional. Precisamente porque en ella radicaba

para Anderson Imbert, el potencial de transformación de la sociedad, a partir de ciudadanos cultos y libres de pensamiento. Se podría interpretar, dado que el pedido de renovar la cultura era dirigido a los intelectuales, que era tarea de estos liberar el pensamiento de las masas.

En líneas generales esta preocupación por la formación de una cultura que posibilite las transformaciones que el socialismo veía necesario en la sociedad, resulta la problemática que más aparece en los ensayos de Anderson Imbert. El progreso de la cultura, una cultura autónoma de la política partidaria, pero que a la larga terminaría contribuyendo a ella. Un avance de la cultura que es indeterminado, que se compone de múltiples visiones del mundo. Hasta aquí este programa resulta coherente, y permite construir una visión de intelectual de partido, donde ni el intelectual sucumbe ante el político ni viceversa. Por otro lado resulta muy coherente con manifestaciones propias de Anderson Imbert, como cuando fue invitado a participar en 1936 de una charla de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas, y Escritores, y señaló: “Entre las muchas formas de defender la cultura, pues, me parecen dos las más importantes: mejorar el mundo por la política, y consagrarse a la ciencia, la filosofía y el arte con intención de enriquecer el patrimonio espiritual de la especie. Dos ámbitos distintos, dos energías distintas, pero que en épocas difíciles, de crisis total, se aproximan e interfieren”.²¹

Ahora bien, esta visión indeterminada de la tarea intelectual, del progreso de la cultura, nos permite pensar un intelectual muy amplio en torno a sus referencias literarias, y amplio con respecto a lo que exigía de sus contemporáneos. Sin embargo veremos ahora, cómo la otra gran preocupación que manifiesta Anderson Imbert en sus “Variaciones” tiene una difícil convivencia con esta idea indeterminada del progreso cultural, y la tarea del intelectual.

La primera “Variaciones” que publica en *La Vanguardia* data del 18 de septiembre de 1932 y está dedicada al escritor inglés John Galsworthy. El ensayo comienza señalando a Galsworthy como uno de los más importantes escritores de una generación donde también se destacan Shaw y Wells. A su entender, los tres compartían una honda preocupación por la realidad social; sin embargo, lo que diferenciaría a Galsworthy es su pesimismo, que será para Anderson Imbert motivo de crítica. “Shaw y Wells hacen de cada obra suya un instrumento de mejoramiento humano y social (...) En este sentido Galsworthy es un escritor menos completo y

fortificante que Shaw y Wells”.²² Llama la atención la siguiente concepción, el pesimismo del autor inglés, la ausencia de horizontes de un mundo mejor, que lo volverían menos fortificante, menos completo. En esta cita vemos como el carácter indeterminado que tiene la cultura convive con expresiones que piden a los distintos escritores un tipo particular de literatura que se relacione con la política y las posibilidades de transformar la realidad.

Esta idea se repetirá en numerosas oportunidades de la mano de un concepto que no necesitará explicación, esto será el lugar de “lo social” en la literatura de los autores sobre los que Anderson Imbert opinará.

El domingo 2 de octubre de 1932, dedicará sus palabras a un libro de reciente edición llamado “Coloquios con Mussolini”.²³ En el ensayo criticará al autor por haber escrito un libro que, por no querer producir roces ideológicos termina siendo asexuado. Esta idea podemos ver que no se aleja demasiado de las relaciones que el mismo socialista había hecho entre la cultura y la política. Sin embargo esta autonomía de esferas se rompe cuando la crítica al autor se sale de lo textual para reprocharle su falta de contundencia en criticar al fascismo. Una semana después, de un modo distinto aparecerá nuevamente la concepción de “lo social”, aunque esta vez será para justificar su ausencia. Al opinar sobre Proust, Anderson Imbert se siente en la obligación de justificar el poco peso que Proust le otorga a “lo social”, autor del que profesa profunda admiración. Más allá de la valoración positiva que Anderson Imbert hace de un escritor que no presta atención a “lo social” en función de volcarse a renovar las formas literarias, la necesidad de justificar esta ausencia es demostrativa de la importancia que la asignaba.

En noviembre de 1932 nos otorgará una demostración clara y contundente de esta preocupación por “lo social”. El domingo 13 de este mes titulará su ensayo “Morand y el cosmopolitismo”.²⁴ Como ya hemos visto en otros escritos, el escritor socialista comenzará el texto extrañándose por la admiración que distintos críticos profesan por el autor. No entiende por qué se lo caracteriza como cosmopolita. “Efectivamente al lado del internacionalismo vigoroso de escritores de marcada tendencia social. ¿Qué trascendencia cabe darle al internacionalismo de Morand? Por no distinguir al turista del internacionalista...”.²⁵ Se ve claramente en esta cita, como las opiniones de Anderson Imbert pueden ir de valorar las miradas originales del mundo, que construyan al patrimonio espiritual de la humanidad, para apuntar

directamente a valorizar una escritura de tendencia social. ¿Qué distinguiría en este caso al internacionalista del turista? “Pero al paso que en unos escritores ese sentimiento universalista era un impulso hacia un nuevo orden social, en otro plano literario –en el de Morand– se reducía a una pintura divertida y resignada de las costumbres de la posguerra”.²⁶

Esta tendencia social funcionaría en Anderson Imbert, como categoría que no necesita explicación, pero que debe impulsar a convertir los textos literarios en herramientas para transformar el mundo, crear uno mejor. Esta concepción exige de la literatura una determinación en función de un único objetivo. Una idea que resulta contraria a la indeterminación de una cultura compuesta por múltiples visiones originales del mundo, creando una cultura autónoma de la política, que tenga como objetivo enriquecer la personalidad de los lectores. En esta concepción no vendría a ser la literatura la herramienta de transformación, sino esta personalidad enriquecida del lector. En este punto es que vendrían a cruzarse ambas esferas. Sin embargo esta concepción weberiana convivirá con otras manifestaciones que harán directamente del texto literario la herramienta de transformación, valorando las obras entonces, no ya por la riqueza de la visión de mundo que propongan, sino por las posibilidades de transformación que habiliten.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El objetivo de este trabajo no es de ninguna manera arribar a conclusiones que pretendan cerrar el tema. Este trabajo se inscribe en la intención de empezar un recorrido por las principales concepciones que guiaron las prácticas culturales del Partido Socialista en la década de 1930.

En una década en la cual confluyeron ideas que promovían el mayor compromiso de los intelectuales con la política, y empresas culturales de gran arraigo en los sectores populares, vale la pena analizar las concepciones que fueron parte de esas prácticas. Esto puede ayudar a vislumbrar sus principales problemáticas, pero también sus posibilidades. Estas prácticas que profesaban gran valor por la cultura letrada, encontraron una tribuna particularmente rica en distintas publicaciones masivas. El periódico *La Vanguardia* fue una herramienta de diálogo con la sociedad, que contaba ya con una larga vida a comienzos de los años treinta.

Los escritos de Anderson Imbert en la página literaria de dicho periódico constituyen un primer acercamiento. Por un lado las problemáticas que atraviesan sus escritos son un caso particularmente rico para señalar la convivencia de ideas contradictorias sobre cómo relacionar la práctica intelectual con la política, pero también a contraluz abren interrogantes sobre la relación de estas concepciones con la forma que pudo haber tenido este escritor de pensar su lugar dentro del partido.

En estas páginas hemos visto cómo, por un lado, uno de los principales ejes que aparece en los escritos es la necesidad de formar una cultura nacional, que a través de su independencia, de la riqueza propia de la tarea intelectual, una tarea reflexiva sobre los acontecimientos del mundo, haría un aporte propio a la política, sin subordinarse. Más allá de las influencias intelectuales, e ideas propias sobre las que se basó esta idea, no puede pensarse también, que uno de los elementos que intervino en la formulación de esta idea habrá sido el lugar que el propio Anderson Imbert deseaba ocupar dentro del partido ¿no habrá allí, entre otras cosas, un intento de legitimar su autonomía creativa, evitar verse presionado por hacer un tipo particular de trabajo intelectual por otros miembros del partido?²⁷ Por otro lado cabría preguntarse qué tipo de motivaciones lo llevaron, al mismo momento que a unos escritores les pedía que enriquecieran el patrimonio cultural de la humanidad, a exigirle a otros escritores que hicieran una literatura al servicio de la transformación de la sociedad.

La cita que da comienzo a este trabajo forma parte de un artículo minúsculo, con el nombre de “El pensamiento creador”. El título pareciera dirigirse al centro mismo de nuestras preocupaciones, ¿de qué modo es creador el pensamiento, y qué es lo que crea? La cita nos permite ver cómo en Anderson Imbert aquella respuesta concentra distintos y hasta contradictorio sentidos. Esta complejidad, demuestra también que el imperativo de la Segunda Internacional no logró conjugar un programa único y efectivo de cómo deberían los intelectuales relacionar su tarea con el compromiso político.

BIBLIOGRAFÍA

GUTIÉRREZ, LEANDRO Y ROMERO, LUIS ALBERTO: *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

FUNES, PATRICIA: *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*, Buenos Aires, Prometeo, 2006

ANGENOT, MARC: *El discurso social*, Buenos Aires, Prometeo, 2010.

GRACIANO, OSVALDO: *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina 1918-1955*, Universidad Nacional de Quilmes, 2008.

NOTAS

¹ Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política*, 2007.

¹ Patricia Funes, *Salvar la nación*, 2006.

² Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *op. cit.*, 2007, p. 14.

³ Marc Angenot, *El discurso social*, 2010, p. 99.

⁴ *Ibidem.*

⁵ *Ibidem*, p. 101.

⁶ *Ibidem*, p. 99.

⁷ Osvaldo Graciano, *Entre la torre de marfil y el compromiso político*, 2008.

⁸ Enrique Anderson Imbert, *Variaciones*, 16/10/1932.

⁹ *Ibidem.*

¹⁰ Enrique Anderson Imbert, *Variaciones*, 23/10/1932.

¹¹ *Ibidem.*

¹² Enrique Anderson Imbert, *Variaciones*, 6/11/1932.

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ Enrique Anderson Imbert, *Variaciones*, 20/1/1935.

¹⁵ Enrique Anderson Imbert, *Registros*, 30/7/1933.

¹⁶ Enrique Anderson Imbert, *Variaciones*, 3/9/1933.

¹⁷ Enrique Anderson Imbert, *Variaciones*, 22/10/1933.

¹⁸ *Ibidem.*

¹⁹ *Ibidem.*

²⁰ Graciano, Osvaldo, *op. cit.*, 2008, p. 194.

²¹ Enrique Anderson Imbert, *Variaciones*, 18/9/1932.

²² Enrique Anderson Imbert, *Variaciones*, 2/10/1932.

²³ Enrique Anderson Imbert, *Variaciones*, 13/11/1932.

²⁴ *Ibidem.*

²⁵ *Ibidem.*

²⁶ *Ibidem.*

²⁷ Osvaldo Graciano, *op. cit.*, 2008, p. 195.